

# Una vida de aprendizaje

RAÚL HERNÁNDEZ VIVEROS

*A Samuel Pérez García*

**M**i padre me enseñó a nunca olvidar los recuerdos. Todas las mañanas me preguntaba: —¿Qué tengo en los bolsillos del pantalón?

Yo tenía que imaginar la cantidad de monedas y billetes, sumar, restar y sacar mis propias conclusiones. Era como una adivinanza. Desde los siete años intenté calcular la exacta cantidad. Luego durante las noches entre la penumbra contaba los ronquidos de mis padres. Cuando me daba cuenta de que estaban profundamente dormidos, me arrastraba hasta colocarme debajo de la cama. Con una lamparita de pilas alumbraba cada uno de mis tesoros, que antes había hurgado en los bolsillos de la ropa de mi padre. Con un lápiz anotaba en un papel el total de lo encontrado.

Así que un día atiné a descubrir las cosas que llevaba mi padre. De premio me llevó a la iglesia de Santa Rosa, a presentarme con el sacerdote del lugar, quien me adoptó de monaguillo. Con el tiempo me transformé en el consentido porque era el segundo de abordo en la impartición del catecismo. De la misma manera guardaba cada uno de los boletos con que me premiaban por haber comprendido las sentencias divinas; después los intercambiaba por algunos juguetes y dulces. Con las leyendas sagradas fui el primero en recrear la historia del hombre y la mujer que una mañana aparecieron desnudos al lado del árbol de la felicidad.

También tuve suerte porque los domingos, a la hora de las misas, me tocaba recoger en unas canastas de mimbre, las aportaciones otorgadas por las personas que anhelaban de antemano un espacio en el paraíso. Mientras el sacerdote les otorgaba la hostia, yo me ponía a contar las monedas y los billetes. Por supuesto lograba yo desaparecer tres o cinco de bastante valor. Fueron los mejores instantes de mi aprendizaje como próspero, y futuro comerciante.

Hasta que un día mi madre al limpiar el dormitorio, y cambiar las sábanas encontró el rollo de billetes acumulados. Fue como si Dios se me hubiera revelado aquel día a través de esa voz que comenzó a interrogarme sobre el origen de aquellos pedazos de papel perfectamente cortados, enrollados y aplastados por una cinta roja. —¿De dónde sacaste este dinero? Espero que tu padre no se entere porque recibirás un castigo y jamás volverás a la parroquia. Intenté reflexionar la respuesta. Imaginé la versión de que me lo había encontrado tirado en la calle, o bien que se trataba de un regalo de Dios. De inmediato destacó mi papel de pecador con la irrefutable prueba del delito. No pude borrar cualquier indicio o sospecha. Entonces ella me propuso como condena llevarme de compras y gastar el dinero en zapatos, pantalones y camisas que me hacían falta frente al espontáneo crecimiento de mi esqueleto.

A la semana siguiente tuve otra lección. Mi madre me enseñó a reconocer todas las flores y plantas del patio. Memorice los nombres de algunas hierbas medicinales. Hasta enfrenté la tortura de la ortiga. Trabajé en la limpieza de las macetas. Atendí cada flor que había sembrado mi madre en aquel improvisado jardín. Después me enseñó a conocer el poder de las verduras. El epazote para darle sabor al caldo de mariscos, y espantar las lombrices. El perejil funcionaba en el control de la presión. El cilantro en el acompañamiento de algunas ensaladas. Las hojas de ruda podían evitar los males de ojo provocados por los efluvios de la malignidad. Pese a este repertorio herbolario, ella no pudo evitar la aparición de la diabetes, y en poco tiempo algunos médicos la sentenciaron a vivir sólo con el consumo de píldoras que tomaba desde la mañana hasta la noche. No volvió a cuidar sus plantas, menos a vigilar a la cerda que cada año daba a luz camadas de cochinitos.

Tuve que dejar de ir a recoger las limosnas: porque no tenía ya tiempo y andaba bañado constantemente todo de sudor e impregnado de estiércol de los animales. Un día mi madre halló garrapatas en mi espalda y a la mañana siguiente me pidió que me quitara la camisa, luego encendió un cigarro y con la punta roja quemó una docena de estos insectos que se alimentaban con la succión de mi sangre.

Creo que gracias a esta operación me transformé en aquel muchacho soñador que inventaba historias de todas sus conversaciones entre los cerdos y las gallinas, que cada día engordaban demasiado. Hasta que un verano la cerda no pudo con su peso y se le quebraron las dos patas traseras. Mi padre mandó traer al carnicero. Me asustaron los chillidos que lanzaba el animal cuando el matarife le cortó el pescuezo. Luego cocinó la carne en la paila gigante hasta que las piernas, el lomo, las costillas quedaron crujientes y sabrosas.

Aquella vez llegaron varios invitados de mi padre. El banquete empezó a las dos de la tarde y terminó hasta la mañana siguiente en que los comensales volvieron a sus casas y trabajos. Fue cuando mi madre me regaló la fotografía que le tomaron el día que fue reina de la fiesta de primavera en la escuela cantonal. Se veía hermosa vestida de blanco y una corona de plástico que resaltaba en su cabellera. Entonces comprendí la razón por la cual mi padre se había enamorado a primera vista. Todo sucedió tan rápido que al atardecer se la robó, y se escaparon rumbo a un rancho de Puebla. Durante varios años se escondieron en la hacienda El Limón.

Al crecer mis hermanos, mi padre comprendió que no era el lugar para sus hijos porque no existía el futuro y menos lugares de recreo para los niños. Hubo que emigrar a Santa Rosa, a fundar la tienda de semillas y abarrotes. Recordé todo esto cuando mi padre inició su interrogatorio sobre lo que llevaba en los bolsillos del pantalón. No le pude ganar y me soltó la respuesta:

—El mejor amigo es siempre un peso o un billete con nosotros, a nuestro lado—.

Después de escucharlo, corrí en dirección al dormitorio de mi madre; llevaba una semana sin abandonar la cama. Cerré los ojos y aproximé mis labios hacia sus mejillas. Y luego con todos mis dedos apreté una de sus manos. Detuve el paso de mis pensamientos cuando escuché lo que ella me decía:

—No olvides recordarme que cada noche que escuches el sonido de las estrellas hasta el amanecer del nuevo día.

Volvió a perder el conocimiento y gracias a Dios reaccionó al día siguiente. Todo parecía seguir en el mismo lugar y las cosas continuaron su transcurrir, hasta que mi madre tuvo el valor de matar una gallina y cocinarla para la comida y la cena. Fue casi un milagro verla desatada dentro

de aquel espacio de felicidad por reintegrarse a la vida. No nos duró mucho la alegría.

A los pocos meses, al regresar de la escuela, por el murmullo trémulo de mis hermanas, supe que mi padre estaba muy enfermo. Cuando entré al dormitorio oí su resuello cansado. Su semblante era pálido y su voz iba y venía como si fuera la flama de una vela jugando vencidas con el aire. No entendí lo que decía, pero sí observé que sus palabras se evaporaban en una neblina difusa y persistente. Lo vi dormir, pero ya no despertó de ese sueño que consiguió por la manía de beber miles de vasos de coñac antes de las comidas.

Mis hermanas y yo lo queríamos tanto, que su muerte nos sumió en el miedo por el desamparo e hizo que los relámpagos nos asustaran con sus estruendos cada noche de tormenta en Santa Rosa. Esa vez no lo sabía, pero sí ahora que la memoria me recuerda aquella tarde cuando vi a mi padre gravemente enfermo, y entré a su cuarto para abrazarlo sin saber que era una despedida.

Eso y la costumbre de adivinar lo que traía en los bolsillos de su pantalón es lo que mucho más recuerdo de mi adolescencia. 🐱



Lourdes Domínguez

Mariana Bernárdez: /  
un cuerpo no es más que el deseo

MARISA TREJO SIRVENT

Porque era jueves  
cuando bebíamos tequila  
junto a la ventana de un bar  
y éramos solos  
como los «caballitos»  
sobre la mesa de madera  
acompañada la tarde  
por mitades de limón  
y pizcas de sal

Tus ojos se hundían  
sin que hablaras  
luego tarareabas  
y comenzábamos el ajedrez

A veces acariciabas mis dedos  
sólo a veces  
cuando el tequila  
enturbiaba

En tu vida no había recuerdos  
sobre el mar  
sí de montañas  
de amaneceres escarchados  
alguna mulata  
de ancha sonrisa  
y cadera bailarina

Quizá, para mí,  
debía ser la cuchilla más fina

pero el tequila también  
me enturbiaba  
al punto de saber  
que el amor  
era tejer silencio  
cadencia de horas  
al asomarnos sobre el puente  
y ver lo negro hacerse más negro  
mientras  
me dejabas tomar tu brazo  
como si estuviéramos  
ante un escaparate de la Gran Vía

Era el tequila o era el jueves  
No lo sé

Sí sé que hoy es jueves  
y no hay tequila  
ni mesa de madera  
sólo yo pensando en tus ojos  
sabiéndote perdido en otras calles  
de luz distinta a la mía.

Algunas coincidencias nos hacen detenernos a reflexionar, porque precisamente un jueves, como dijera Vallejo<sup>1</sup>, leí este poema de Mariana Bernárdez titulado "Porque era jueves". Hoy mismo es jueves cuando escribo este texto y estoy leyendo el libro *Sombras de fuego* de Mariana Bernárdez. Descubro su quehacer: Mariana Bernárdez, 1964, posee el doctorado en Letras. Ha publicado en muchas revistas literarias del país y entre sus libros podemos mencionar: *Liturgia de águilas* (2000); *Sombras del fuego* (2000); *Alba de danza* (2000); *María Zambrano: acercamiento a una poética de la aurora* (2004), trabajo de investigación con el que obtuvo el grado de Doctora; *La espesura del silencio* (2005); y *Bailando en el pretil* (2007). *Todo está en la línea: conversaciones con Raúl Renán y 15 poemas inéditos* (2008). Falta poner ahí que nació en México D. F. y que se interesó por Ortega y Gasset, por Ramon Xirau y Miguel Hernández desde sus trabajos de tesis de licenciatura y de sus estudios de Maestría en letras modernas. Es una suerte tenerla

como amiga y anotar para ustedes algunos fragmentos de su libro inédito *Trazos de esgrima*:

Bórrame de tus ojos  
que no sepas mi rostro  
de la multitud  
ni el camino de mi mano  
sobre tu piel

\*\*\*

Borra el viento de mis ojos  
lávalos de su limpidez  
para que germinen  
en la añoranza tuya

como tuyas son las voces  
que nombran mi nombre  
y más las venas  
que prodigan tu cuerpo

Nunca entendida  
esa masa de nervios y músculos  
esa traición de entraña

Tanto sosiego para sólo envejecer

Borra la arena  
los trazos de esgrima  
el olor de Granada  
el fulgor

Tú sabes lo que nostalgia el Silencio.

Dolores Castro ha afirmado sobre la poesía de Mariana Bernárdez lo siguiente:

*“Poesía de verdades vividas con plenitud de conciencia poética y experiencia humana de lo universal; experiencia fincada fundamentalmente en la contemplación sensible y amorosa de un mundo que la autora ha calado a fondo hasta crear su universo poético personal. Mente y sensibilidad se enfrentan al misterio, a la frialdad y dureza de una realidad dolorosa que no puede salvarse mediante la evasión del*

*sueño, sino hacerse crítica en forma constante al adquirir conciencia plena de lo que ocurre con uno”<sup>2</sup>*

Porque un cuerpo no es más que el deseo  
de ser cuerpo, polvo redundante de huesos  
en busca de un lugar  
Y también lo que ocurre con el otro, el semejante o próximo:  
un cuerpo sólo cuerpo  
olvida su consistencia  
de carne, de hueso  
un cuerpo

Recuerdo un poema maravilloso de Cavafis:

#### **RECUERDA CUERPO**

Recuerda, cuerpo, cuánto te amaron;  
no sólo las camas que tuviste,  
sino también los deseos que brillaron abiertamente  
en los ojos que te vieron;  
las voces temblorosas, que algún obstáculo frustró.  
Ahora que todos están en el pasado,  
parece como si en realidad te hubieras  
entregado a esos deseos.  
Cómo deslumbraban.  
Recuerda los ojos que te vieron,  
las voces que temblaron por ti.  
Recuerda, cuerpo.

Por eso Mariana Bernárdez afirma: *“Los amantes huyen y se resguardan para salvar aquello que sienten como único y misterioso, pues al exponerlo a los demás corren el alto riesgo de fracturarlo. El corazón sabe ahora que el resplandor de los cuerpos en caricia despierta la envidia que cobija tras de sí la impotencia y la imposibilidad, y en la negación de su libertad, la fatalidad se le muestra como un horizonte que no habrá de franquear. El corazón yace pero atiende la súplica y mira a las furias desatar las lenguas de los otros”.*

<sup>1</sup> “jueves será, porque hoy jueves que proso estos versos...” César Vallejo.

<sup>2</sup> Castro, Dolores. [http://php.louisville.edu/a-s/cml/mbz/poe\\_marios/luz.pdf](http://php.louisville.edu/a-s/cml/mbz/poe_marios/luz.pdf)

# Tal vez

JORGE HERNÁNDEZ CRUZ

Este día,  
En tu patio,  
Semidesnuda  
Como siempre quise  
Te hice el amor, entendí el gozo.

El placer invadió el alba

Congelé en mi memoria tu desnudés  
(para que no se eche a perder),

Hervían mis manos en tus nalgas  
párpados entreabiertos  
Labios húmedos  
Alcancé tu cuerpo  
Propuesta indecorosa, lúdica  
lancé palabras a la timidez  
me declaré excitado  
amanecí húmedo  
el invierno no pasó

Tu ser, es reloj de arena  
alcanzando a Eros  
así

Te soñé. 🐱



# Soñar. es necesario

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

**E**n el camino de la Meca a Medina Al Hassán Bedru-Din al orar pedía a Mahoma: Tú que puedes hacerte presente en cualquier forma. Tú que irradias y relumbra. Tú que no permites ser hallado sino en los momentos que todo parece perdido, si concedes algún aprecio a mi amor por Tí, danos, otórganos el pan de Halawhan (1). Se detiene en el camino. El sol se filtra suavemente a través de las higueras. Se queda fijo; como una piedra mirando el oriente, su rostro ha adquirido un rictus de concentración. Los discípulos se miran entre sí. ¿Qué le pasa al maestro? Así permanece durante unos instantes para romper con otra oración y continuar el camino:

“allāhu akbar

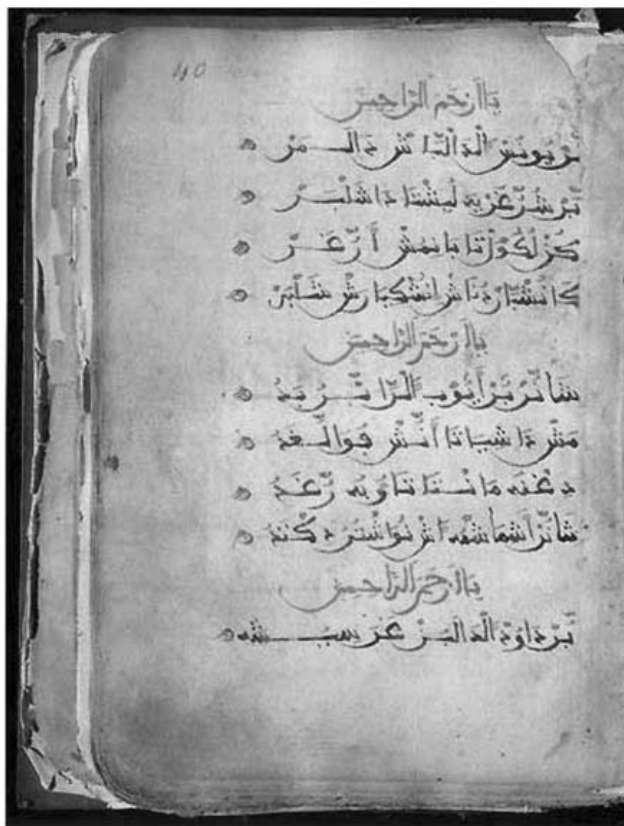
ašhadu anna lā ilāha illā-llāh

ašhadu ānnar muḥammadan asūlu-llāh ...”

A cierta distancia dimos con un trozo de Halawhan que estaba como olvidado, lo apresuramos a devorar. Al Hassán Bedru-Din ni siquiera lo probó. Cuando lo hubimos terminado me sentí invadida por una terrible duda. Pretexté una purificación para desandar el camino, volví al punto donde lo habíamos comido y no existían rastros de migajas: ni de nuestras propias pisadas.

Caí de rodillas e imploré: líbrame Dios de mis rece-  
los y dudas. Entonces oí una voz que me decía: –“For-  
talece tu alma por este trozo de Halawhan que es mi  
cuerpo”.

(1) Pan de miel 🍯



# Nuevos brevicuentos

ROBERTO BAÑUELAS\*

## El festival del adiós

Toda la gente joven de aquella región, empobrecida por las sequías y la voluntad sin ideas del cacique en turno, que tenía la posibilidad de trasladar sus sufrimientos a suelo extranjero, había establecido un movimiento que pasaba de las peregrinaciones religiosas a la emigración y al éxodo, causa coincidente por la que en aquel pueblo se hablaba más de los malos tiempos, las penurias y la ausencia perniciosa de milagros, y sólo quedaba gente vieja con más recuerdos y silencio, además de algunos nietos que jugaban a engañar al tiempo porque no había escuela. Los parientes de todos los ancianos, si habían logrado empleo en el extranjero, enviaban algún dinero para sustentar la situación doliente de sobrevivientes del tiempo ido y un tiempo presente.

Cada domingo, anhelando un futuro cercano, los ancianos visitaban el cementerio y admiraban, con tremulante veneración, las lápidas donde la nostalgia alternaba con el sueño de otro mundo.

El día en que más conglomerado senil se reunía, era aquél en que la población disminuía con alguno que hacía, sin memoria y sin sueños, el último viaje.

## Muy estimados condóminos

—Esto que te cuento no se lo he dicho ni a mi prima, y te ruego que nunca se lo vayas a decir...

—Pero es que no me has contado nada todavía.

—Es cierto, perdóname... Verás... Todo comenzó por la cercanía y la relación, superficial si tú quieres, que se da entre vecinos... Pero antes debo aclararte que Silvana y

Ofelia unieron sus frustraciones para realizar escapadas nocturnas de fin de semana; con su deseo de combatir la soledad, iban a salones de baile a buscar pareja ocasional hasta donde el gusto y la moral evitaban todo cargo de conciencia. Todo muy comprensible, porque de la primera ya sabemos que la dejó el marido porque estaba ya harto del tono doctoral que ella empleaba hasta para hablar de las trivialidades con cargo a las horas de trabajo del ingeniero; y, más aún, suponiendo que alguno de sus remotos ancestros hubiera comprado un título de hijo de algo, no era para que mientras devoraban alguna frugal cena estuviera Silvana hablando de blasones y alcornias que no constaban en ninguna heráldica de película mexicana entre el ridículo y la solemnidad... En cuanto a Ofelia, ella, desde hace tiempo comenta, entre broma y burla, de que su marido sólo puede con otras y que ella, en una correspondencia de mutuo respeto, hace uso de la libertad que requiere su libido para dejar lívidos a sus amantes fortuitos, de los que siempre se olvida y "si me acosté contigo, ni me acuerdo ni te conozco".

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto que me has contado con la advertencia que me acabas de hacer en relación con tu prima?

—Verás... Tú sabes que Sofi ha trabajado siempre por las mañanas y que gana muy bien gracias a su preparación universitaria, calidad y esmero, todo lo cual establece la base del sostén de la familia y educación de los hijos; su marido, que se siente galán a la cuarta potencia, está de buen ver, pero lo que gana del turno vespertino que le permite llegar tarde por la noche, se lo gasta en convencer a varias amiguitas de que la vida no es tan fea ni tan triste. En fin, que él tenía libres las mañanas y Silvana también, y sucedió que del saludo cordial de vecinos pasaron a la charla para arreglar el mundo, luego a tomar café, a la copa y bailar con los discos LP de Glenn Miller y Xavier Cugat, y ya entrados en confianza, entusiasmo y la soledad a dos, bailaron en la cama con el propio ritmo y sin necesidad de discos LP... Pero por favor, te lo suplico, no vayas a comentar nada de esto a mi prima. ¿De acuerdo?

—Sí, sí...

\* De su libro de próxima aparición *El ocaso de los quelonios*. 🐢

# Poemas

VÍCTOR M. NAVARRO

## Cantinelas 2

Veo por la ventana, apenas un resquicio  
con batientes, la copa de los árboles  
y la parte alta de unos edificios  
iluminados de magenta una tarde  
de invierno a principio de año  
Por un lado comentarios, albuces  
gracejadas, tonos de gran tenor  
(¿por qué borrachos todos cantan –creen–  
como el mejor ? )  
en la esquina un radio a media vida  
rescata las canciones de Julio Iglesias  
para que esta tarde siga fluyendo  
con nostalgias de cantina viva  
el hebdomadario rito  
“Tiré tu pañuelo al río  
para mirarlo cómo se hundía “  
Tomo el vaso para que el ron inculque  
en el interior de mis ideas  
un festejo que le quite nombre  
al olvido.

## No quería

Hoy no quería verte

tampoco ayer

El gris de tu mirada penetró

la inútil forma del almendro

Digo mi corazón con lunares

comunes

El tibio sol derritiendo las

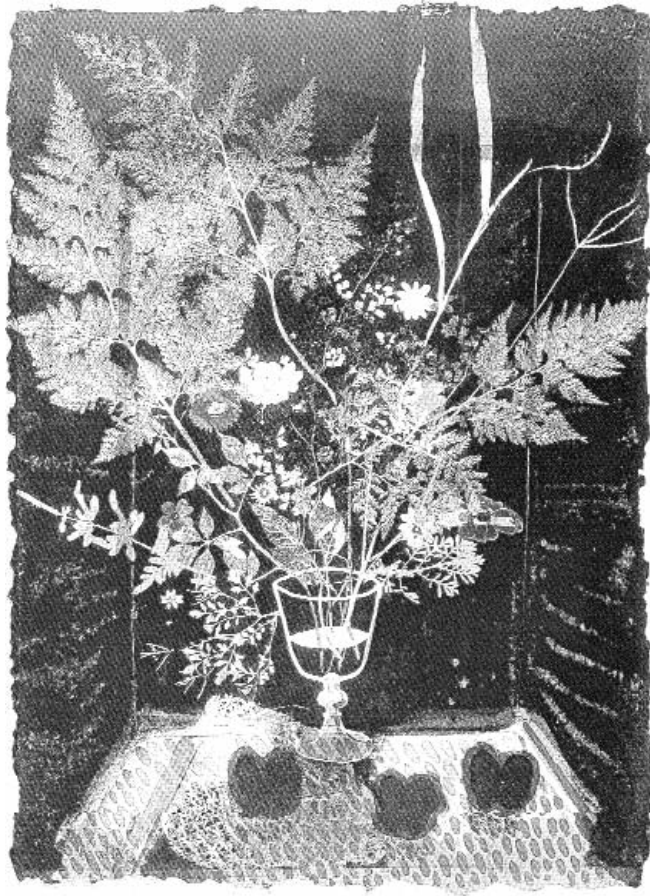
tres bondades que

me quedan

Digo sol y todo se oscurece

es hora de bajar la cortina

de los nombres propios. 🐱



Vicente Gandía

# Poemas

ULISES VELÁZQUEZ

**Soñadora en innamoramento**

En cada escala íntima,  
te miras alrededor del sueño  
y sólo tu sonrisa  
escribe un atisbo de silencio  
que atiende los designios  
de un corazón rezagado:  
astilla de un espejo  
entre desiertos de neón.

Navegas con la luz,  
cuya letanía renace tu mirada,  
al amparo del tiempo  
donde tú, *soñadora*, repetirás  
una prístina visitación del sol;  
parte de tus palabras  
comparten su alegría  
y, claro, ven la esperanza  
agitarse en los ojos.

Despertarás como la ciudad  
-íngrema entre la niebla-,  
empecinada en el primigenio  
barco de las nubes:  
sincero *innamoramento*  
que se alberga en el día  
para, finalmente, acceder al recuerdo  
y perecer en el instante  
bajo el utillaje del viento.

(En un roce de sueños mutuos,  
levitas encendida  
bajo su iridiscente epifanía.)

**Niña y lectura**

1

No hay libro sin premura:  
basta sólo tu mirada  
ensimismada en la lectura,  
donde la vida se detiene.

2

A pesar de tus escalas,  
juega con las palabras:  
parajes de una pospuesta mañana,  
paisajes para una lluviosa tarde.

3

Juega con la lectura:  
se te pide fervorosamente.

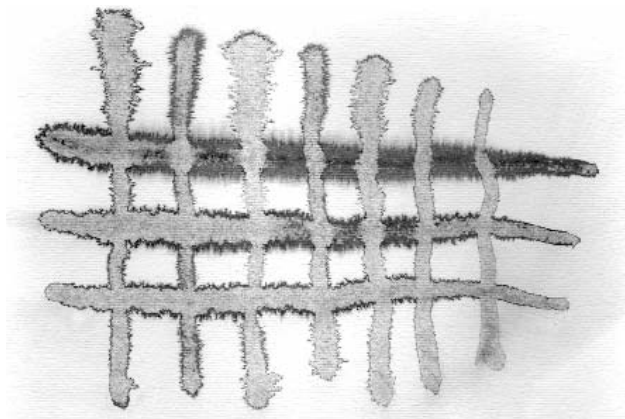
Dilata un silencio entre líneas;  
almacena en sueños esa estancia.

Porque soñar es jugar con espejos,  
y leer, reflejarse en un sueño.

Lee, sigue leyendo: no dejes de hacerlo:  
tal vez el paraíso acabes de recobrar.

4

Niña:  
háblame del sueño  
encontrado en tus lecturas.  
Al menos,  
recupéralo con tus palabras. 🐱



# El mismo cielo

LUIS FERNANDO ESCALONA

La última llamada de su vuelo resonó en las bocinas. Liliana encontró una mesa vacía. Apresurada, se dirigió hacia ella y se sentó. Benjamín se acercó muy lentamente. Suspirando, metió las manos en las bolsas de su chamarra. Liliana buscó sus papeles en el interior de su bolso.

–¿No se te olvida nada?

–No –respondió ella. Pasaporte, boleto, billetes... todo en orden.

–¿Segura que quieres hacerlo?

–No empecemos, por favor.

Benjamín miró hacia la pista.

–Hay mal clima.

–No lo hagas más difícil.

–Sólo digo que está nublado –dijo él.

Liliana lo miró de reojo y, con expresión de nostalgia, suspiró.

–Para mí también es difícil.

–Sí –dijo él.

Liliana volvió a su bolso, sin buscar nada en particular.

–El hecho de que te vayas, no lo traerá de vuelta.

Ella hizo una mueca, fastidiada.

–Benjamín, ya habíamos...

–Sí, sí, ya sé, ya lo hablamos... pero sigo sin entenderte.

–Necesito irme, no me siento segura en esta ciudad... ni en este país.

–En todos lados hay la misma mierda.

–Benjamín...

Él no la miró. Liliana dejó su actividad, aferrándose a su bolso.

–Amor, tal vez, algún día me alcances allá.

–No me digas así –dijo él–. Habíamos acordado algo.

Liliana apretó el rostro. Bajó la cabeza y, lentamente, sus manos recorrieron el interior de la bolsa.

–Quién es más egoísta después de todo.

–¿Qué? –Preguntó ella.

–Yo no puedo irme...

–Sí, por tu trabajo –al ver que Benjamín no decía nada, continuó–: podrías encontrar algo allá.

–Podría.

–¿Entonces?

Benjamín suspiró. Ella estiró su mano buscando la de él, pero Benjamín la mantuvo en el interior de su chamarra.

–Sólo me gustaría que lo consideraras.

–Tienes razón –dijo él–, mejor no sigamos.

Ella volvió a bajar la mirada e hizo un intento para no llorar.

Durante unos minutos no dijeron nada más. Liliana, sin soltar su bolso, miraba a la gente que caminaba en todas direcciones. Algunos corrían; otros, se despedían con un beso y alguna promesa. Benjamín, con las manos en el interior de su chamarra, seguía con la mirada en el cielo gris.

–El clima –dijo él.

–¿Qué?

–El clima es más egoísta.

–¿Por qué?

–Se aferrará a las nubes... aquí y adonde vas.

Liliana suspiró.

–Debo irme.

–Está bien.

Caminaron hasta la entrada de la sala. Ella se detuvo a unos cuantos metros de los oficiales y revisó sus cosas por última vez.

–Bueno... –dijo ella encontrándose con sus ojos.

Se abrazaron aferrándose al cuerpo del otro. Ella intentó besarlo en los labios, pero él, giró su rostro, sintiendo su boca en la mejilla.

–Vete ya –dijo él, suavemente.

–¿Estaremos en contacto?

Benjamín miró hacia la pista.

–Está bien –dijo ella.

–Vete ya –insistió– y no mires a las nubes.

–Las nubes estarán allá también.

Se miraron e hicieron un esfuerzo por sonreír. Ella dio la vuelta en dirección a la entrada, mostró sus papeles y cruzó. Se detuvo un momento y tuvo la intención de girarse.

–Las nubes estarán en todos lados –se dijo y continuó su camino sin mirar atrás.

Benjamín la vio desaparecer entre la gente. Se dio la vuelta y caminó hacia la salida del aeropuerto. Un aire frío le hizo estremecer y, automáticamente, miró hacia el cielo.

–Aquí también está nublado –se dijo y comenzó a caminar. ■